

Invisible

Aquella mañana no oí el despertador, pero igualmente me levanté a la hora de costumbre. Me puse la misma ropa del día anterior, y, también como de costumbre, me dirigí a la cocina de casa para tomar algo antes de irme. Allí estaba mi madre, ya vestida con uno de esos elegantes trajes que solía llevar para ir a trabajar, con su taza de café con leche de siempre en la mano. Nada más entrar, ella acabó rápidamente su café y se fue. En aquel momento no le di mucha importancia, mi madre nunca ha sido demasiado comunicativa. Tampoco le di ninguna importancia al hecho de no tener ni pizca de sueño, pese a haber estado escribiendo sobre unos contrabandistas espaciales o sobre la corte bizantina (no estoy seguro, pero tampoco tiene importancia) hasta las tres, o quizá las cuatro de la madrugada. Cogí mi taza de la suerte, esa taza de la que había estado desayunando los últimos diez años, desde que mis padres me la regalaron diciéndome que sería mi taza de la suerte, aunque de suerte nada, la llené de leche y la metí en el microondas.

Salí de casa con tiempo de sobra y empecé a caminar yo solo por las calles de mi barrio, esas calles que jamás dejaban de oler a combustible de los coches que estaban allí estacionados y a orín de los perros cuyos dueños los habían sacado a “pasear” antes de la salida del sol. Después de haber estado toda la vida allí, no me veía viviendo en ninguna otra parte de la ciudad ni del mundo. Mi barrio no era precisamente el mejor barrio de la ciudad. Lejos quedaban los barrios de la gente bien, esos barrios llenos de adosados, pisos dúplex de lujo y abundantes jardines que para mí no eran más que nidos donde se criaban asquerosos y repugnantes insectos. Los edificios eran bastante altos, casi todos de más de seis pisos, y estaban llenos de ventanas perfectamente simétricas que desde mi posición me daban la impresión de ser minúsculos agujeros colocados en un gran nido de hormigas. Los colores de los edificios eran diferentes, pero todos de la misma escala cromática. Marrones rojizos, marrones verdosos... todos los edificios poseían un tono amarronado o grisáceo que los hacía parecer muy sucios, más de lo que de por sí ya estaban.

El instituto estaba separado de mi casa por una de las arterias principales de la ciudad, por donde pasaba la mayor parte del tráfico de entrada y el de salida en dirección norte. Aquí ya no había olor a orín de perro, pero el olor a gasolina se hacía más fuerte, acompañado por el del monóxido que despedían los coches que pasaban a toda velocidad. Tras cruzar la carretera divisé a lo lejos el recinto del instituto. Este era bastante grande y rodeaba todo el edificio central, proporcionándole un aparcamiento para los coches de los trabajadores, varias canchas de cemento para practicar deportes como baloncesto o fútbol sala y amplias zonas para que los alumnos pudieran relajarse durante los recreos.

A medida que me iba aproximando veía que estaban llegando manadas de los alumnos más madrugadores de los cursos más inferiores, en definitiva, decenas de agresivos pre-adolescentes a los que no sentía ninguna necesidad de dirigir la palabra, con sus cuerpos aún no del todo desarrollados y con sus mentes demasiado preocupadas por demostrar cómo eran de machos, de divertidos o de peligrosos como para ser capaces de decir nada coherente. El conserje siempre abría la puerta del recinto a las ocho de la mañana, así que no tuve ningún problema en entrar al recinto. El aula era un edificio no muy alto, pero sí muy ancho, con las paredes pintadas en color calabaza y artísticamente adornadas en las zonas más cercanas al suelo con grafitis de colores mucho más chillones que el de la pared. En niveles superiores se veían las ventanas de

las clases y los despachos, todas aún cerradas. Ya habría tiempo para caldear el ambiente a lo largo de la mañana. Tras cruzar entre los coches que estaban allí aparcados y ver aquel Seat Ibiza blanco cuyo significado era que la profesora de la primera hora no iba a faltar, entré al edificio. Subí al segundo piso y giré a la izquierda para tomar uno de esos interminables pasillos que se abrían de forma perpendicular a la puerta de entrada. Los pasillos tenían el mismo aspecto que cuando se inauguró el instituto, treinta o cuarenta años atrás. Con esto no quiero decir que estuvieran sucios. Todo lo contrario. Esa hora, antes que se llenaran de pies sucios y de tierra procedente de los parques de alrededor, era cuando el instituto estaba en mejor estado de revista. Las mujeres de la limpieza habían hecho su trabajo la noche anterior y nosotros aún no habíamos llegado para estropearlo.

Llegué el primero al aula. Aún faltaba más de un cuarto de hora para que empezara la primera clase. La pizarra estaba limpia y a penas se percibía algún paso lejano. Quité la silla que estaba colocada encima de una de las mesas y me senté encima de la mesa, justo al lado del radiador, y me puse a mirar por la ventana el mismo paisaje que veía todas las mañanas, algo de niebla, un parque con la tierra algo húmeda y los columpios vacíos y edificios al fondo. Al rato entró Y, la única mujer capaz de hacer que mis adolescentes hormonas bailaran como en un hormiguero. Quizá fuera su ropa ajustada que no dejaba nada, o lo dejaba todo, para la imaginación, quizá sus tiernos ojos color crema o quizá su dulce voz, algo más grave que el tono común de una voz femenina adulta, pero que aun así provocaba en mí estados de semiexcitación, hasta el punto de volverme tonto o mudo o empaparme en sudor. Ella se detuvo en su pupitre habitual y colocó la silla en el suelo. Sin ni siquiera mirarme, se puso a rebuscar en su mochila. Intentando no temblar demasiado, me acerqué a ella para decirle hola y para preguntarle cualquier bobada que pudiera iniciar una conversación. Cuando llegué a su lado, la encontré tratando de hallar el paquete de tabaco. Yo le dije “hola Y” y ella no hizo nada. Simplemente se limitó a seguir buscando el tabaco y a marcharse al lavabo cuando hubo dado con él. Ni siquiera pude cruzar mi mirada con la suya, como solía pasar en esta clase de situaciones. Nunca me ha gustado que me ignoren, y menos de esa forma tan descarada, así que la seguí algo mosqueado hasta la puerta del aseo. Tras comprobar que estaba fumándose un cigarrillo con sus amigas, pensé que no era buena idea intentar hablar con ella en esa situación de inferioridad numérica. Veía venir que Y intentaría hacerse la graciosa delante de sus amigas. Yo no tenía ganas ni de bromas estúpidas e hirientes ni de ser el payaso del turno de mañana, así que preferí dejar el asunto para otra ocasión. Tras esto, el resto de alumnos y alumnas de mi clase empezaron a llegar de una forma más o menos continuada.

La profesora, una especie de vieja cacatúa de pelo canoso recogido en un moño y clásico vestido de tergal, llegó bastante puntual, y con ella entraron todos los alumnos que esperaban su llegada fuera del aula. J, mi gran amigo J, el que me había acompañado los dos últimos años de estudio, entró en clase *in extremis* y se sentó a mi lado sin decir nada. Como cada mañana, la profesora controló la asistencia a clase, pero esta vez tuve una gran sorpresa. Cuando llegó a la letra c, se saltó mi nombre, C, y pasó directamente al de mi compañera D. Casualmente esto tampoco tuvo para mí ninguna importancia. “Bueno –pensé– mejor así que al revés”.

La mitad de la mañana pasó casi volando. Nunca fui persona de intervenir demasiado en clase. Mientras algunos de mis compañeros necesitaban hacerse notar diciendo algo, aunque ese algo fuera la más absoluta estupidez, por el contrario yo iba haciendo mi trabajo en silencio, sin hacer ruido, estrategia que siempre me funcionó

muy bien. Después de tres clases, cuando llegó la hora de almorzar, J se puso su chaqueta y salió corriendo de clase, como si alguien muy importante le estuviera esperando. Yo le perseguí por los pasillos gritándole, con un cabreo ya considerable, porque, que la mujer de mis sueños me ignore es algo a lo que ya estoy acostumbrado, que la profesora se salte mi nombre es algo normal teniendo en cuenta que su proximidad a la jubilación la hace estar intelectualmente bastante desatinada, pero que J no me hable, eso sí que necesitaba una explicación.

J estaba en el escondrijo de costumbre, situado cerca de la puerta de la cafetería del instituto, en lo que en teoría era la puerta que comunicaba el salón de actos con el patio, aunque yo nunca la había visto abierta en los años que había estudiado allí. Aquel lugar era en el que solían sentarse los okupas del barrio para fumar hachís fuera del horario lectivo, pero a aquella hora estaba únicamente ocupado por J. J estaba solo, comiéndose un donut con la mirada perdida. Desde hacía dos años, en aquellos tiempos en que empezamos a ser compañeros de clase, siempre habíamos pasado, salvo caso de fuerza mayor, todos los recreos juntos. Casi no nos hablábamos con nadie más del instituto, aunque tampoco teníamos ningún archienemigo, como a veces sucedía con alguna de esas tribus urbanas, los latinos, los skins o los okupas. Intentábamos llevarnos bien con todo el mundo para evitar problemas. Como siempre íbamos juntos a todas partes, algunos sectores nos llamaban maricones, pero a mí eso me daba igual. En pocos meses desaparecería de aquel instituto de barrio para ir a la universidad. Me acerqué a J y le di un empujón al tiempo que le gritaba, pero no se inmutó. Seguía masticando su donut con la mirada perdida y con la mente absorta en no sé qué. Harto de esta situación, me fui a la cafetería a pedir un refresco. La cafetería estaba situada en los subterráneos del centro, la zona más cutre del instituto, y se accedía a ella a través de una pequeña puerta que la conectaba con el patio trasero. A aquella hora la cafetería estaba repleta de gente que tenía muy poco tiempo para tomar algo antes de volver a la actividad. Intenté hacerme un hueco entre el barullo hasta llegar a la barra. Allí estaban los camareros, una pareja entrada en años que se enteraba ya de muy poco. Cuando por fin pude tocar la barra con mis manos empecé nuevamente a gritar como un poseso y a hacerles señales con los brazos para que me vieran, pero no conseguí que ninguno de los dos me hiciese caso por más que me dejé la voz en ello.

Cuando acabó el descanso, volvimos a clase. Ya no hacía tanto frío como por la mañana, incluso se percibía un leve olor a tigre en el aula. Mientras llegaba el profesor, volví a acercarme a Y pensando que a lo mejor ahora podría entablar una conversación, aunque sólo fuese para que se riera de mí, pero ni por esas. J volvió y se sentó de nuevo a mi lado con la misma actitud de todo el día, sin ni tan sólo mirarme. Luego llegó el profesor, un hombre de unos cuarenta con la cabeza rapada y camisa por fuera de los pantalones, y todos se sentaron excepto yo, que permanecí de pie junto a J. El profesor empezó su discurso como si nada y yo salí de mi rincón para colocarme a su lado, justo delante de la pizarra, pero él no me vio. Al punto intenté comprobar a dónde apuntaban las miradas de mis compañeros. La mayoría tenía la mirada perdida en el no sé qué, pero una pequeña minoría que miraba hacia delante, aunque no precisamente hacia mí. Empecé a insultar en voz alta al profesor y a meterme con el acné de A, con la obesidad de L, con la nariz de M... pero nadie reaccionó en absoluto, ni para bien ni para mal. Casi entrando en estado de desesperación, salí corriendo del centro, subí por la primera calle que había hasta llegar tras el parque que había delante del instituto y tras cruzar la calle me metí en el primer comercio que encontré, una de esas tiendas regentadas por inmigrantes chinos en las que se vendía casi cualquier cosa, eso sí, de una calidad

mínima. El tamaño del establecimiento era ínfimo y estaba repleto de estanterías de tres pisos llenas de cachivaches que saturaban los pasillos y daban una sensación que casi rozaba la claustrofobia. Empecé a gritar a la dependienta que si me podía oír, sin resultado. Entonces se me ocurrió la gran idea de robar aquel establecimiento para que me detuvieran. Me dirigí a uno de los pasillos y me puse a coger pequeños objetos que no necesitaba, como un palillero con forma de pingüino o un duendecillo de porcelana. Salí de allí sin que nadie me viera, pese a estar al descubierto, y sin que sonara la alarma, con total impunidad. Totalmente derrotado, tiré lo que había robado a un contenedor y me senté en un banco. Sentía impotencia, frustración, ya no sabía si estaba soñando o si realmente era víctima de algún maleficio o de algún mal de ojos, cosas en las que nunca había creído.

Al caer la tarde me levanté del banco para volver a casa. El ambiente estaba refrescando y no era cuestión de quedarse allí mucho rato. Al llegar a casa vi que mis padres estaban discutiendo, como de costumbre, sobre una puerta o algo así, así que me metí en mi cuarto para no tener que escucharlos. Mi cuarto ya no era el mismo, allí ya no estaban ni mi cama ni mi armario. Sólo quedaba mi escritorio.

Cuando salí de mi habitación era ya de noche y mis padres estaban cenando en silencio, sin mirarse, pero aún vestidos con la ropa del trabajo. Yo volví a mi habitación y me puse a pensar en lo que me pasaba. Era invisible, nadie me veía ni me podía oír, como si mi situación familiar hubiese invadido todos los aspectos de mi vida.

Suponiendo que, al ser invisible, no tendría hora de llegada, aquella misma noche salí a las callejuelas de mi barrio, crucé la carretera y me metí en el instituto sin grandes dificultades. Solo tuve que trepar la fina verja que rodeaba el recinto. Entré en el cuarto de los expedientes, donde había una carpeta con el nombre de cada uno de los alumnos actuales del centro y de los de cinco cursos atrás y empecé a buscar mi nombre, C, sin resultado. No era invisible. Era inexistente. No era como si hubiese dejado de existir, era como si nunca hubiese existido.

Pasé la noche entera en mi clase, mirando por la ventana y pensando en mi situación sin reparar en que ni siquiera tenía sueño. Cuando amaneció, bajé a la cafetería, pero me di cuenta de que tampoco tenía hambre. Más tarde llegó Y. La miré, pero ya no era igual, ya no producía en mí la misma sensación de placer y temor de siempre. Esto sí que me preocupó. Yo siempre había presumido de no ser un salido baboso, como la mayoría de los adolescentes del mundo civilizado. Nunca exteriorizaba mis apetencias respecto a Y, pero otra cosa es que no las tuviera. Aquella misma tarde fui al gimnasio del barrio y me introduje en las duchas femeninas y no sólo no tuve ninguna dificultad en acceder al lugar, sino que no experimenté ningún cambio físico, hormonal o sentimental ante tal cantidad de mujeres desnudas. Posiblemente había perdido mi cuerpo. Posiblemente nunca podría tener relaciones sexuales. Posiblemente jamás llegaría a la mayoría de edad, ni iría a la universidad. Posiblemente mi escritorio era lo único que me vinculaba al mundo sensible. Posiblemente estaba condenado a vagar solo por toda la eternidad. Y aun así, no sentía nada, sólo el vacío. Quizá así era mejor.

P. Santos
18-11-08